





LA CARIDAD.

---

(PESADILLA DRAMÁTICA)

---

CUADRO I.

**D**E los cuatro ángulos de la ciudad se levanta un rumor sordo y siniestro que interrumpe por intervalos el silencio lúgubre de la noche. Algunos gritos de dolor más agudos y más vibrantes se oyen en el espacio, seguidos por sus propios ecos como una trahilla de canes rabiosos. El Dolor y el Hambre andan de pocilga en pocilga cebándose en sus víctimas y dejando en pos de sí estela de ayes y sollozos. Algunos pobres sucumben al

Dolor y á la Peste, pero otros sobreviven para contemplar y regar los cadáveres con lágrimas. Angustias infinitas, pero calladas, se ocultan en las sombras para devorarse las unas á las otras como bacantes insensatas; y cuando pasa el tumulto de las penas y reinan el silencio y las sombras, dejan tras de sí los últimos hipos y los últimos estertores con que se despiden las almas vencidas en la lucha...

De repente se perciben voces distintas y articuladas...

—¡Piedad! socorro! misericordia...

Se oye como el ruido del huracán que acompaña al coro.

—Socorro! pan! amparo!

El Dolor con los ojos vendados, con las manos crispadas por la ira, blande dos puñales y se lanza sobre la turba. Algunos lo aguardan con la atonía de la sorpresa; otros huyen, precipitándose como manadas de animales salvajes al ruido del bosque que se incendia, y ruedan por tierra con los movimientos descompasados del pánico.

La Peste se cierne en los aires como un angel negro lanzando dardos envenenados que silban por los oídos de la madre para herir al hijo y al esposo. Busca el tugurio del pobre, del hambriento, del desamparado; y se goza en arrojar sus dardos invisibles y en ver á sus víctimas revolcarse de dolor y temblar de miedo...

Vuelve en los aires á zumbiar el torbellino de los ayes y de los gemidos, hasta que toma creces como la voz del huracán, para gritar en coro:

—¡Socorro! ¡pan! ¡misericordia!

Pero apenas los ecos han pasado se levantan de entre las sombras; el Silencio: ansioso de volver á reinar por todas partes; le siguen el Dolor y el Hambre, el Abandono, la Miseria, la Angustia y la Desolación, prontos á la lucha, como una falange de demonios insaciables y crueles.

CUADRO II.

Nadie ha oído esas voces. Nadie ha visto esos ángeles negros rodando entre las som-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 125 MONTERREY, N.M.

bras. Hay un rumor más grande y más estrepitoso que se levanta á lo largo de la ciudad y atruena los espacios como el chasquido de las olas, como el ruido de la tormenta. ¿Quiénes levantan tan colosal algarrabía? En el mar, es el viento invisible y las gotas de agua. En las calles, es el retintín de las copas de cien mil cantinas y el rodar de los coches llenos de mujeres; son los aplausos del can-can, la ovación de la Mascotte, el apoteosis de la desvergüenza, es la música de Offembach y las obscenidades de Lecop, es el público de los teatros que entra y sale, son las bailarinas que brincan, las coristas que se balancean, los *calambour* que ruborizan, el mundo que se divierte...

No se ven las sombras en donde reinan esos ángeles negros por que los focos de luz eléctrica deslumbran á los transeuntes y ahuyentan las visiones nocturnas.

¡Quién vá á encontrar á la Caridad en esa batahola!

La Caridad, tan dulce y tan modesta, tan callada y tan prudente!

Allá creo divisarla entre la sombra corriendo en pos de un desvalido. Creo distinguir los pliegues de su blanca túnica húmeda con el rocío de la noche. Ah, no: no es la Caridad. Es un agiotista que ha hundido en la miseria á cien familias, y le da un centavo á un borracho plañidero! No, no anda por ahí la Caridad. Y en tanto el coro, ese coro espantoso de ayes y sollozos, vuelve á levantarse como el rumor de la brisa que refresca anunciando el turbión y la tormenta. Ya vuelve..... ya crece... ya revienta.

El huracán!

—Socorro! Piedad! Misericordia! suena en los espacios. ¡Bravo por la Theo! Contesta la linternilla del teatro Nacional como para ahuyentar á los duendes, y en tanto el estrépito de las copas y de las botellas, partiendo de Plaisant resuena por todas las arterias alcohólicas de la ciudad.

CUADRO III.

La Caridad, entre tanto, continúa igno-

rada, pasa desapercibida tendiendo sus manos cariñosas á los desvalidos.

—Yo soy la Caridad, prorrumpe con voz melíflua y ténue; soy la primera de todas las virtudes; yo uno á los hombres en una sola creencia, con un solo amor; con el amor á las penas y al dolor ajenos les abro la puerta de los cielos. Venid, venid á mí.

—Yo soy sincera, paciente y bienhechora y amo la verdad. Venid á mí, con vuestro óbolo conforme á vuestros medios. Venid á socorrer á los que lloran en la penuria y el dolor.

—Venid á consolar á los afligidos. Venid á dar pan á los necesitados. Venid á hacer el bien y á recojer el premio de las lágrimas y las sonrisas de gratitud de los socorridos y las bendiciones de los pobres. Dios que ve los actos de beneficencia, no perderá la memoria de ellos, y en el momento de la caída del hombre caritativo, encontrará un apoyo. (\*)

—Venid á mí. Yo soy hija de Dios y socio-

(\*) Eccl III 34.

rraré á los necesitados y consolaré á los afligidos y ampararé á los pobres y á los que lloran hasta el último día del mundo.

—Venid, venid.

La débil voz de la Caridad se perdía en el estrépito de los garitos, los cafetines y los figones cantantes y de las bolas de la lotería que, dentro sus mil globos, producían en la atmósfera el rumor de las tempestades de granizo.

Pero de los ámbitos más lejanos volvía á levantarse el rumor del enjambre, que iba creciendo como la voz del huracán, y atravesaban por los aires, con los graznidos de las aves nocturnas, los plañideros gritos:

—¡Socorro! Caridad! Misericordia!

Pero nadie los oía en medio del tumulto y la algazara.

De repente hubo un momento de silencio que permitió á un hombre escuchar los gritos lastimeros y pensó en la Caridad, y pidió pan á los ricos para los pobres.

Era *Juvenal* que invocó la Caridad ocho mil veces. Un grupo de jóvenes, que no

estaban en la cantina, pudieron desde las áulas del saber oír aquellos clamores que se repetían de ocho en ocho mil veces por día.

Se empezó á tratar entonces de unir á la Caridad con la Opulencia. Juvenal, los estudiantes y los empresarios buscaron á esa gran señora en los teatros, la veían entrar pagando por divertirse, pero esto no era bastante y concertaron una entrevista.

CUADRO IV.

Holgaba la Opulencia en sus salones rodeada por las maravillas del arte, del lujo y del refinamiento, cuando un ugieer le anunció una visita.

—¿Quién es?

—Excelentísima señora, es la Caridad.

—La Caridad á esta hora! es muy tarde.

El ugieer esperaba de pié medio inclinado.

—¿Está aún abierta la caja?

—No, señora excelentísima.

Hubo otra pausa, durante la cual el ugieer se inclinó seis pulgadas más.

La Opulencia reflexionó y al cabo de un rato exclamó:

—Que pase.

El ugieer hizo una reverencia y salió.

Entró la Caridad con paso magestuoso y traje humilde, pero resplandeciente de belleza y de bondad.

La Opulencia la contempló de hito en hito y notó la sencillez de sus vestidos.

—No sé si me conocereis, dijo la Caridad con voz humilde.

—Tengo el honor, contestó la Opulencia, de haber oído hablar de vos en varios círculos. Además, conozco vuestros nobles antecedentes. Tened la bondad de sentaros.

La Opulencia señaló con la mano á la Caridad un sillón bordado de oro.

La Caridad tomó asiento.

La Opulencia continuó:

—Tendría gran placer en seros útil, señora. Ya os escucho.

—Me habeis dicho que conoceis mis antecedentes y por lo tanto imagino que adivinareis mi misión. Socorrer á los pobres.

—¿Conoceis á la Beneficencia Pública? preguntó la Opulencia.

—Es una medio hermana mía, que hace todo lo que puede, pero no ha tenido el honor de estrechar sus relaciones con vuestra casa.

—No obstante, dicen que es protegida por el Erario, que como sabeis, es un millonario un poco fácil.

—El Erario hace también lo que puede. Pero no es bastante.

—Qué deseais entonces?

—Que me ayudeis personalmente.

—En buena hora; yo lo haré de buena voluntad, no obstante, (y sea dicho en confianza) no obstante las diatribas de que soy constantemente objeto por parte de los malquerientes que me echan en cara la frialdad de mis relaciones con vos y con las personas de vuestro círculo.

—Os calumnian.

—Ya sabeis que tengo una enemiga poderosa: es la Envidia. Pero todo eso no pasa de ser una fruslería. Yo quiero en esta

vez probaros mi adhesión y mis respetos. Por lo visto se trata de un subsidio extraordinario.

—Exactamente.

—Pues contad con que entre las dos habremos de dar cima á este asunto. Reuniremos nuestros elementos. ¿Con quiénes contais por vuestra parte?

—Mi círculo es bien limitado y ya sabeis que yo nunca obro sin ponerme de acuerdo con mi hermana predilecta, contestó la Caridad.

—¿Quién es vuestra hermana, si me permitís.... ¿Cómo se llama?

—La Modestia.

—No tengo el honor de conocerla personalmente, dijo la Opulencia. Pero sí he oído decir que es una persona recomendable.

—Sí, señora; mi pobre hermana es tan buena, que la aprecian todas las personas de juicio; es compañera inseparable del mérito y conoce á los verdaderos sábios; por ella brillan la belleza y el talento, y por mi

parte, la amo tanto, que voy con ella á todas partes.

—Ya me lo suponía: entre hermanas... Y cómo está de recursos.

—Es pobre.

—Ved, señora, que lo que necesitamos para nuestra empresa son personas acomodadas.

—Son efectivamente las que más deberían ayudarnos.

—Supongo, señora, (y espero me perdoneis la franqueza) supongo que las otras personas con quienes contais, se encuentran en las mismas circunstancias de...

—Sí, señora; todas son pobres. Son mis hermanas menores, la Humildad, la Abnegación y...

—Basta. Es suficiente. Y como debeis comprender, yo he de girar en muy distinto círculo por razones de rango, de decoro y sobre todo, porque debo hacer honor á mi estirpe y al lugar que ocupó en el gran mundo. Yo también, y ved qué coincidencia, yo también, tengo una hermana predilecta sin la cual no doy un solo paso.

—Puedo saber su nombre? preguntó la Caridad modestamente.

—Sí señora, se llama la Vanidad. ¿La conocéis?

—No, señora; absolutamente.

—Es mi hermana predilecta; voy con ella á todas partes, tiene tan buen juicio, que es la consejera de todos mis pasos y de todas mis acciones. ¡Ya se vé! y es tan astuta, que por ella brillan mi casa, mi persona y mi servidumbre, y por ella rabia la Envidia, que como os he dicho es mi mortal enemiga.

—Y qué otros personajes entrarán en esa combinación?

—Las tres principales seremos mis dos hermanas, Vanidad y Ostentación, y una servidora vuestra. Tenemos todos los elementos en las manos, todas las facilidades; y podremos manejar á nuestro público como á una banda de chiquillos. Tras de nosotras vendrán, como comprenderéis muy fácilmente, el Lujo, personaje indispensable en todo círculo que se aprecia, la Moda



que como sabeis va siempre con nosotras. Ahora, en materia de gente menuda para hacer bulto, tenemos la Coquetería, tan amiga de la juventud; tendremos la Gracia, la Hermosura y la Presunción. Entre las personas de peso, y que nos ayudarán grandemente, tenemos el Amor Propio y al Quedirán, y finalmente, como agente universal y factotum, estará en todas partes el Compromiso, que, como sabeis, tiene el talento de meter á sus víctimas en un callejón sin salida. Ya vereis, ya vereis qué chascos y qué rechinar de dientes y qué.....

—Perdonad, señora, interrumpió la Caridad, me parece que hemos extraviado el camino y vamos á acabar por no poder ponernos de acuerdo.

—Al contrario, señora. Ahora es cuando, según creo, he venido á dar en el item. Ya puedo aseguraros un éxito brillante.

—Por lo visto se trata de una fiesta.

—Si, señora, por de contado. La fiesta vá á ser vuestro caballo de batalla, Voy á mandar poner tres ó cuatro mil luces bajo

los jirones de manta y las sartas de heno de Bejarano.... Veo que os disuena este nombre, teneis razón, señora. Este nombre no es el de ninguna virtud conocida. No pertenece ni á vuestro círculo ni al mío. Pues como os iba diciendo, pondré muchas luces, mucha música y prepararemos un millón de chascarrillos.

La Caridad poniéndose de pié, dijo:

—Señora:—Si todo lo que proyectais, movida por la voz de la prensa y de algunas personas que me aman, ha de ceder en beneficio de los pobres, no tengo derecho á oponerme á vuestros planes; pero me permitireis que desde este momento me retire, pues como habeis dicho muy bien, las dos giramos en distintos círculos. Nada podré hacer al lado vuestro, hay una incompatibilidad de caracteres, de miras y de sentimientos entre nosotras.

—Teneis razón, pero en la época que atravesamos, vos no podeis, pobre virtud, modesta, callada y humilde, llenar vuestra misión; teneis necesidad de las pasiones

humanas, puesto que ellas solo, y no las virtudes vuestras hermanas, son las que mueven al humano linaje.

La Caridad hizo una reverencia y se retiró muy conmovida.

La Opulencia se dirigió al Zócalo, reunió á su comitiva y ayudada por Bejarano y por Payen, recaudó ocho mil pesos para los pobres.

Cayó el telón y amaneció.

